

Padre Shenan J. Boquet
Presidente
Human Life International

“Cuando las personas comienzan a ignorar la dignidad humana, no pasará mucho tiempo antes de que comiencen a ignorar los derechos humanos”.

– G.K. Chesterton.

Entre los muchos aforismos brillantes de G. K. Chesterton está el siguiente: “Hay una ley escrita en el más oscuro de los Libros de la Vida, y es esta: Si miras algo novecientos noventa y nueve veces, estás perfectamente seguro; si lo miras por enésima vez, estás en un terrible peligro de verlo por primera vez”.

Chesterton era un gran amante de la Navidad y escribió numerosos poemas y ensayos celebrando la más mística y poética de las fiestas cristianas. No tengo dudas de que él habría estado de acuerdo conmigo cuando digo que la Navidad encabeza la lista de esas cosas que muchos de nosotros hemos visto innumerables veces y que, sin embargo, nunca hemos visto realmente.

Consideremos los hechos históricos más simples del asunto: Dios, cuyo nombre es "YO SOY", que creó todas las cosas, que el cielo y la tierra no pueden contener, se rebajó asumiendo un cuerpo humano y compartiendo la naturaleza de uno de sus criaturas. Nació como un bebé indefenso de una mujer campesina desconocida y no celebrada, en medio de las bestias de carga más humildes en un establo en un pueblo atrasado que pertenece a una estirpe poco conocida, que en ese momento yacía aplastado por los conquistadores extranjeros.

¿Y para qué? Vivir 30 años en un anonimato casi completo, comprometido con el trabajo manual más humilde, después de lo cual pasó solo tres años como un predicador pobre e itinerante, una carrera que llegó a un final abrupto e ignorado a través de la traición de uno de sus asociados más cercanos, que lo entregó a una muerte brutal por medio de una de las formas de ejecución más dolorosas y humillantes jamás desarrolladas por el hombre.

Estos son los hechos históricos básicos. Y si profesamos la fe cristiana, pero no estamos eternamente asombrados de que tales cosas pudieran haber sucedido, es muy probable que hayamos visto estos hechos 999 veces, y aún no los hayamos visto.

Pero ahora, vamos más allá de los hechos históricos básicos. Dirijamos nuestra atención hacia el significado de estos hechos históricos. No podemos hacer nada mejor que citar a Juan 3:16: "Porque Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna".

Dios amaba al mundo. ¡Amaba a la raza humana! Él nos amaba tanto, que creyó conveniente convertirse en uno de nosotros y, al someterse al desprecio, a la humillación y al sufrimiento, nos ofreció la oportunidad de participar de su propia vida en un estado de comunión perfecta y amorosa con Él por toda la eternidad. Él vino, es decir, para ofrecernos el regalo de la salvación.

En su mensaje de Navidad en 1959, el Papa San Juan XXIII se maravilló de lo que dice este hecho de la condescendencia divina sobre la dignidad de la raza humana y de cada ser humano individual. "Él me amó y se entregó por mí. Así habló San Pablo a los Gálatas (Gálatas 2:20). Y si Dios ha amado al hombre hasta tal punto, eso indica que al hombre le interesa y que la persona humana tiene el derecho absoluto de ser respetada".

La venida de Dios a la tierra en carne humana fue y es la mayor afirmación de que, cualesquiera que sean los misterios, el desorden, los sufrimientos y los pecados que estropean la existencia humana en nuestro estado caído, cada vida humana está dotada de valor y dignidad infinitos, una dignidad más allá de lo que podemos describir. No hay nadie entre nosotros que no sea infinitamente precioso a los ojos de Dios.

El surgimiento del pesimismo antihumano

Puede parecer algo muy curioso hacer referencia a una escena bastante sombría de la película The Matrix en una columna sobre Navidad. Pero tengan paciencia conmigo, y creo que lo entenderán. La escena llega al final de la película, cuando el villano, el Agente Smith, está interrogando al personaje Morfeo. Morfeo es una figura destacada en la última resistencia desesperada contra el reinado de las máquinas súper inteligentes, que están explotando implacablemente a los seres humanos para alimentar su sociedad distópica.

El agente Smith, que es un programa informático súper inteligente, reflexiona sobre lo que ha aprendido sobre la raza humana. Al contrario que cualquier otro mamífero del planeta, dice, los seres humanos parecen incapaces de desarrollar un “equilibrio” con el medio ambiente. “Te mueves a un área y te multiplicas y te multiplicas hasta que consumes todos los recursos naturales y la única forma en que puedes sobrevivir es extendiéndote a otra área”, dice. “Hay otro organismo en este planeta que sigue el mismo patrón. ¿Sabes lo que es? Un virus. Los seres humanos son una enfermedad, un cáncer de este planeta. Eres una plaga y nosotros somos la cura”.

Los seres humanos son una “plaga”, un “virus”, una “enfermedad” y un “cáncer”. ¿Dónde hemos escuchado estos sentimientos en los últimos tiempos? Lo que llama la atención de esta escena es que habla directamente de un auto-desprecio profundamente arraigado que ha plagado a la raza humana durante el tiempo en que los seres humanos han reflexionado sobre el significado de su existencia. También es una forma de duda radical y pesimismo que está resurgiendo en este momento en forma de ateísmo militante, hedonismo (búsqueda del placer a toda costa), nihilismo (no creer en nada) y anti-humanismo.

Hace varias semanas, escribí sobre la filosofía de un filósofo sudafricano llamado David Benetar. Benetar predica el “antinatalismo”. Argumenta que no solo la vida humana es intrínsecamente carente de sin sentido, sino que es esencialmente dañina, ya que vivir es sufrir y sufrir es sufrir dolor sin razón alguna. Por esta razón, Benetar piensa que es un mal moral traer a otros seres humanos al mundo.

En cierto modo, llama la atención que la filosofía de Benetar haya ganado tal audiencia y un punto de apoyo en un tiempo de riqueza y comodidad sin precedentes, donde los sufrimientos que han acosado durante mucho tiempo a la existencia humana se han reducido drásticamente por avances científicos casi milagrosos además de un crecimiento de la riqueza. Por otro lado, no es notable en absoluto: porque vivimos en una época que le ha dado la espalda al mensaje del Evangelio, con la consecuencia inevitable de que hemos perdido de vista la dignidad de la

persona humana.

Y, como predijo Chesterton, en el momento en que perdimos de vista la dignidad de la existencia humana, perdimos de vista la necesidad de respetar los derechos humanos. ¿De qué otra manera podemos explicar las sangrientas revoluciones y genocidios en los regímenes ateos del siglo XX, y la creciente aceptación de la eugenesia (la ideología de una raza “superior”), el aborto y la eutanasia en el Occidente cada vez más secular y apático? Como dijo el Papa San Juan XXIII en el mismo mensaje de Navidad citado anteriormente: “Los disturbios que perturban la paz interna de las naciones tienen su origen principalmente en esta fuente: ese hombre ha sido tratado casi exclusivamente como una máquina, una pieza de mercancía, un engranaje inútil en una gran máquina o una mera unidad productiva”.

La necesidad de la Navidad

Compare la filosofía antinatalista de Benetar con las magníficas reflexiones de San Pedro Crisólogo, quien habló con tanta elocuencia sobre la encarnación de Cristo y la dignidad humana, y cuyos escritos aparecen en el breviario romano en esta época del año. Le recomiendo encarecidamente que lea esta hermosa cita completa:

... ¿Por qué entonces, hombre, eres tan inútil a tus propios ojos y tan precioso para Dios? ¿Por qué rendirse a tal deshonra cuando eres honrado por él? ¿Por qué preguntas cómo fuiste creado y no buscas saber por qué fuiste creado? ¿No fue todo este universo visible hecho para que lo habites? Fue para ti que la luz disipó la sombría oscuridad; por tu bien se regulaba la noche y se medía el día, y para ti los cielos se embellecían con el brillo variable del sol, la luna y las estrellas.

La tierra estaba adornada con flores, arboledas y frutas; y la constante y maravillosa variedad de seres vivos encantadores fue creada en el aire, los campos y los mares para ti, no sea que la triste soledad destruya la alegría de la nueva creación de Dios. Y el Creador todavía trabaja para idear cosas que pueden agregar a su gloria. Él te ha hecho a su imagen para que puedas en tu persona hacer que el Creador invisible esté presente en la tierra; te ha convertido en su legado, para que el vasto imperio del mundo tenga el representante del Señor. Entonces, en su misericordia, Dios asumió lo que hizo en ti; Él quería ahora ser verdaderamente manifiesto en el hombre, tal como había deseado ser revelado en el hombre como en una imagen. Ahora él sería en realidad lo que se había presentado como símbolo.

Y así, Cristo nace para que con su nacimiento él pueda restaurar nuestra naturaleza. Se convirtió en un niño, fue alimentado y creció para poder inaugurar la edad perfecta para permanecer para siempre tal como la había creado. Él apoya al hombre para que el hombre ya no caiga. Y la criatura que había formado de la tierra ahora la hace celestial; y lo que había dotado de un alma humana ahora lo vivifica para convertirse en un espíritu celestial. De esta manera, él elevó completamente al hombre a Dios, y no dejó en él ni pecado, ni muerte, ni trabajo, ni dolor, ni nada terrenal, con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, quien vive y reina con el Padre en la unidad de El Espíritu Santo, ahora y para siempre, por todas las edades de la eternidad. Cristo, al asumir carne humana y una naturaleza humana, ha elevado permanentemente la existencia humana. Como el Papa San Juan Pablo II no se cansó de repetir: “Cristo revela al hombre el hombre mismo”. Cristo era Dios, pero también hombre. Y como el hombre perfecto y sin pecado, ha revelado las alturas de la dignidad a las que estaba destinado cada ser humano, y a las que está llamado. Como dice el Concilio Vaticano II:

“La naturaleza humana, por el hecho de que fue asumida, no absorbida, en Cristo, ha sido elevada en nosotros también a una dignidad incomparable. Porque, por su Encarnación, él, el hijo de Dios, de cierta manera se unió a cada hombre. Trabajó con manos humanas, pensó con una mente humana. Actuó con voluntad humana y con un corazón humano que amaba. Nacido de la Virgen María, realmente se ha hecho uno de nosotros, como a nosotros en todas las cosas excepto en el pecado”.

Esta es una verdad maravillosa contenida en la historia familiar de la Navidad. Bien puede ser que la hayamos visto novecientas noventa y nueve veces. Pero recemos por la gracia, esta Navidad, para verla por enésima vez. Para realmente verla. Y luego acerquemos nuestras manos al arado y respondamos al llamado de Cristo de predicar estas Buenas Nuevas a los cuatro rincones del mundo.

Fuente original: <https://www.hli.org/2019/12/seeing-christmas-for-the-first-time/>

VHI agradece a José Antonio Zunino Tosi del Ecuador la traducción de este artículo.

